

LA EDUCACIÓN DE LA MUJER

Una de las causas que tendrá siempre el verdadero hombre para mirar con alternativas de indignación y de desdén a la mayor parte de los físicamente hombres que componen nuestra especie, es la indiferencia estúpida con que, en casi todas las sociedades humanas, se ha mirado hasta hoy la educación de la mujer.

Si es necesario probarlo, irá la prueba, y si para decirlo hubiera que apelar a la inerte erudición a que apela siempre el tardo o el incapaz de pensar por razón propia, indios, egipcios, espartanos, y atenienses saldrán a deponer en causa personal, y franceses, ingleses, alemanes y españoles y los hijos de españoles atestiguarán contra sí mismos.

Cierto papel hace la mujer en la trilogía india y desde Brahman hasta Budha, especialmente en la trinidad casi cristiana de este último, figura ella como potencia activa. Brahmanismo y budhismo la aprovecharon después para sus solemnidades, y bien puede considerarse a las bayaderas como una verdadera institución. En el sentido etimológico de la palabra, institución, resultado de institución eran. Las bayaderas no eran, ni son, como se cree generalmente, mujeres cualesquiera que, por afición o por gracias naturales, se consagraban al ejercicio de la danza, lo convertían en arte, y lo hacían medio de vida. Las bayaderas eran mujeres escogidas por su alcurnia (casi siempre la más elevada, la sacerdotal, la brahmánica) o por su belleza o por sus aptitudes, y expresamente educadas en el fondo recóndito de la pagoda. ¿Educadas para qué? Para el arte, aquel arte de que hablan con admiración los poemas monumentales de la India, pagodas escritas que, como los templos-scriptos a que corresponden y que arrinconan en la oscuridad subterránea el tenebroso misterio de las encarnaciones y reencarnaciones del dios trino y uno, arrinconan en la estupenda fábrica de su poesía conceptuosa todos los misterios, todos los secretos y quizá toda la clave de esa vida india, a la vez tan embrionaria y tan desenvuelta, tan infantil y tan senil, tan muscular y tan nerviosa, tan suave y tan morbosa, tan fuerte y tan débil.

Y ahora que está pagado el debido tributo al pésimo gusto literario de nuestro tiempo, se dirá que toda la educación de las sacerdotisas y vírgenes del Señor y de los Hindús, estaba reducida a iniciarse en los ritos religiosos y en las profundidades del arte de la

danza, arte tan efectivamente admirable que, aún hoy, degenerado como está, en gran parte abandonado como debe inferirse que lo esté todo en un país conquistado, aún hoy ha producido la admiración de hombres tan severos de entendimiento y de conciencia como Seward, el malogrado estadista norteamericano. Ese arte es el que las bayaderas, bailadoras religiosas, o religiosas bailadoras, aprenden en los templos de la India y en el cual ponen todos los éxtasis de amor divino, todas las provocaciones de la pasión mundana, todas las ingenuidades del candor; todos los artificios del pudor perdido, todos los encantos dolorosos de una adolescencia sofocada y toas las repulsiones de una vida tempranamente malograda.

Como los primeros, también los segundos civilizadores del planeta, los egipcios, tenían en sus misterios, particularmente en los de Isis, en sus tenebrosas iniciaciones, en sus pomposísimas teorías (procesiones en que el rito dramatizaba la doctrina y en que el dogma se medio desembozaba en el espectáculo) una serie de instituciones tan complicadas como su intrincada vida sacerdotal. De ellas participaba la mujer, y por ellas entraba la mujer en la copartición de educación y vida, que, en otra esfera de actividad se le negaba.

Célebres eran en la antigüedad griega la virilidad moral y casi física de que frecuentemente alardeaba la mujer espartana. Licurgo, que había subyugado a la naturaleza, enyugó a la mujer, sometiéndola a la misma educación del hombre; desde la infancia la obligaba a adiestrarse en ejercicios corporales, a desarrollar en la carrera su musculatura y sus pulmones, a conllevar en la semidesnudez obligatoria todas las pruebas de la intemperie ruda, a rivalizar con los jóvenes en ligereza, en destreza, y casi en fuerza. El austero legislador, que se cuidaba muy poco del hombre, con tal de obtener con su educación el ciudadano, se cuidaba muy poco de la mujer, con tal de educarla para producir el ciudadano.

Atenas, más muelle o más humana, más artística o más amiga del placer, por su amor a la forma o en obediencia al impulso de sus grandes artistas y de sus máximos filósofos, educaba un poco más humanamente, más en el mundo, más en la vida de la relación, a la mujer que el pensador no desdeñaba, que el estadista llamaba en su íntimo consejo, y que el artista divinizaba en sus pasmosas petrificaciones de lo bello. Y llegó un día, el siglo de Sócrates – mal llamado de Pericles - en que, como había de suceder en el siglo de Fenelón - mal llamado de Luis XIV – la misma hetaira, la cortesana misma, Magdalena rehabilitada por la filosofía, dominara a Pericles, avasallara a Alcibíades, atrajera a Sócrates y reinara con toda la prepotencia de la fácil educación de costumbres menos rígidas.

Lucrecia, la vestal, la esposa de la madre de Coriolano, la madre de los Graco y la mujer de Bruto, no son la mujer romana, no son resultantes de la educación dada en Roma a la mujer, son individualidades femeninas que produce la educación republicana.

El régimen alternativamente monacal y mundano, claustral y libertino, hipócrita y cínico, aplicado en la Edad media y en la moderna, hasta este siglo, a la guía y educación de la mujer europea, no es el que ha producido a Juana de Arco y a Teresa de Jesús, a Doña Juana de Padilla y a Madame Rolland, a Isabel Primera de España y a Isabel Unica de Inglaterra, a la gran novelista inglesa George Elliot y la gran novelista francesa George Sand; todas ellas son figuras animadas de vida individual que, en fuerza de su

individualidad genial, se sales del cuadro en que la educación rutinaria encerraba a la mujer en Europa.

Del cuadro que todavía encierra a la mujer latinoamericana, apenas han podido salir, han tenido que escaparse a viva fuerza, las pocas que, como la Avellaneda, en Cuba; la Benítez en Puerto Rico; la Ureña en Santo Domingo; Martina Barros y la Undarraga en Chile, la Manso en la República Argentina, etc., a fuerza de personalidad espontánea han logrado sobreponerse al círculo de hierro en que tradición, educación, sociedad, ignorancia, en general las oprimían.

II

Aunque parezca paradoja, y aun cuando para sostenerla haya que emplear dureza de concepto y acaso de palabra, se va a sostener que la mujer es hoja de la sociedad en que se forma; el hombre, el individuo del sexo masculino, es quien forma la sociedad; del buen o mal estado moral e intelectual de la mujer responde, tiene que responder, debe responder el individuo.

Individuo es también la mujer; pero la prueba más efectiva, y la más pronta, que puede darse del cercenamiento de facultades y funciones con que las sociedades y los hombres (individuos masculinos) han tratado de disminuirla y recortarla, está en que, todavía hoy y en las sociedades más positivamente adelantadas por ser las que más han avanzado en el problema de adecuar la condición de la mujer a las condiciones de la sociedad moderna, todavía hoy tiene la mujer que disputar su individualidad.

Como se ha visto, la educación de la mujer no ha podido ser más parcial ni más parca. Encargándose de ella las religiones- y mucho mejor las teocracias- ningún fin que aparentemente no fuera religioso y en realidad no fuera teocrático o sacerdotal, ningún propósito racional podía cumplir. De aquí que, con excepción de las grandes personalidades femeninas, que son grandes por tener la facultad de ver y de examinar por sí mismas, la mujer vivió hasta no ha mucho, y en más de una sociedad vive todavía, sometida servilmente, esclavizada, subyugada. Se le enseñaba a creer en una autoridad despótica de arriba y en todas las autoridades despóticas de abajo, desde la sociedad hasta la vecindad, desde el padre hasta el marido, desde el "qué dirán" por nada hasta el escándalo por todo, y así ha llegado ella a nuestros días y a nuestras sociedades: ignorante, artificiosa, alternativamente tímida y rebelde, incapaz de cualquiera iniciativa buena, capaz de cualquiera irreflexión violenta, idónea para imaginar insensateces, inepta para toda fructífera atención científica o artística o literaria o de economía doméstica o rural. Lo mismo que nuestra sociedad; ni más ni menos. Ella también, la pobre sociedad de nuestros tristes pueblos, venía de la triple esclavitud, religiosa, política y económica. Y acostumbrada a ella, no ha podido acomodarse al régimen de la libertad, ni en la conciencia, ni en la organización política, ni en el orden económico, ni en la vida intelectual, ni en la moral, ni en la social.

Y lo mismo que la triste mujer, la sociedad no vive en sosiego; sino que, anhelando el goce del bien de que, educada, podría disponer; y arrastrada de continuo por la acción de las tradiciones serviles, vive en perpetua alternativa de sumisión y rebeldía, de hipocresía y cinismo, de apatía y violencia.

Y así van las dos débiles, mujer y sociedad; sociedad y mujer. Bien que lo mismo van los fuertes. Y ¡qué fuertes, vive Dios!

Pero más vale no meneallo. De nuestras sociedades, débiles todavía por mala dirección; de la mujer, débil también por dirección contraria a su destino de ser racional, se puede hablar con calma, al menos, con piedad; pero del sexo fuerte, de los patronos de anarquía, de los que juegan a la sangre de otros hombres, de los que revolucionan por un pantalón de casimir o por sumergirse en los fondos de la hacienda pública, de los hipócritas de valientes que se pueden conocer, de los incapaces de saber siquiera lo que se deben a sí mismos, de los juguetes viles de la baraja, la botella y la sentina, de los capaces de hacer armas contra cualquier indefenso, y de los incapaces de mirar frente a frente al hombre honrado de esos

Non raggiomam di lor ma garde e passa.

Aunque no hay posibilidades de pasar, porque ellos, sólo ellos, son los autores de estas sociedades sin ideal, y se esa pobre mujer que, educada por ellos, hacha por ellos, a su exacta imagen y semejaza, harto hace con valer moralmente más que ellos.

Pero valer moralmente más que sus hechotes, no es valer. El caso es valer infinitamente más, elevarse infinitamente más en la escala de la racionalidad, mejorarse infinitamente mejor; y tan concienzudamente, que la mujer sea, como la naturaleza quiere, la primera educadora del hombre; del hombre niño, desde la cuna; del hombre-adolescente, por el afecto fraternal; del hombre-joven por la influencia mejorada del afecto virtuoso; del hombre de todas las edades, por el estímulo del ejemplo y el respeto.

Entonces habrá hombre verdadero en la considerable porción de la América latina que, con admirables proporciones, no tiene hasta ahora más que facsímiles de hombre. Entonces también - resumen orgánico de individualidades que saben su deber - la sociedad será lo que debe ser; y la libertad del derecho, la dignidad del deber, la actividad de la conciencia independiente, el engrandecimiento de los intereses personales por la creciente dilatación de los intereses sociales, harán de las sociedades latinoamericanas lo que quieren época, posición geográfica, tendencia política, organización social y destino histórico.

Y entonces, todo ese engrandecimiento de estos hoy sofocantes horizontes del espíritu, se deberá a la preparación de la mujer para coadyuvar, en su esfera de acción, a la obra general de vida humana a que estamos consagrados por ministerio de la naturaleza y por mandato de la civilización, todos los seres racionales que nos asociamos para algo más que para comer, beber, dormir, y procesar.

La mujer es educable, puesto que los mismos poderes estacionarios de la sociedad universal han tratado de apropiársela por medio de la educación que la adecuaba y adecúa al fin antisocial de esos poderes.

La mujer es tan modelable por ejemplo como el hombre, puesto que, aun en las condiciones de inferioridad más abrumadoras, es moralmente superior al hombre.

La mujer es resultante directa de la sociedad en que vive, puesto que en las sociedades organizadas racionalmente vive con la mayor parte de los elementos de vida naturales a la mujer, y en las sociedades desorganizadas vegeta como parásita del hombre.

La mujer es un ser racional. Es preciso ser hombre irracional (que muchos hay) para negarlo. Siendo innegable, la mujer tiene nativamente los órganos inmateriales, las funciones inmateriales y las operaciones inmateriales que constituyen el organismo de la razón, porque la razón no es masculina ni femenina, es razón, medio orgánico de indagación y adquisición de la verdad, y nada más.

La mujer es un ser consciente. En cuanto conciencia, la mujer tiene la noción de su responsabilidad; y en cuanto responsable, contiene el principio de impulsión hacia el bien por dignidad; y el motivo de repulsión del mal en el ejemplo.

La mujer es una entidad integrante de toda sociedad. Como asociado tiene al bien y al goce del bien que debe reportar la sociedad, el mismo derecho que el otro factor de asociación, el hombre.

Como razón, la mujer puede adecuarse. Como conciencia, la mujer debe adecuarse. Como asociado, la mujer tiene el derecho de ser adecuado.

Se repite lo que se dijo: aritméticamente, la mujer es mitad; mecánicamente, el todo; la mitad aritmética, todo mecánico del movimiento social ¿por qué torpe endiosamente se atribuye el hombre todas las ventajas se la asociación, cuando proporcionalmente no le corresponde sino la mitad? Si el movimiento social, hoy como en tiempo de Temístocles, entre las discípulas de Tercis como entre los secuaces de Pestalozzi, directa o indirectamente es siempre determinado por acción o reacción de la mujer, por impulso visible o invisible de mujer, por influencia buena o mala de mujer ¿qué insensata injusticia es la que ciega al hombre, hasta el punto de negar al todo que inicia el movimiento la capacidad de iniciarlo con franqueza, con naturalidad y con conciencia?.

Por cierto que si en vez de abandonar la mujer al estúpido placer de la murmuración, a la nefanda fruición de la calumnia, a la nefasta omnipotencia de la envidia, la contuviesen en la curiosidad de lo bello y verdadero, en la amena indagación familiar de la verdad buena y bella, en la pasión de las proezas ejecutadas en el mundo por el arte y la ciencia y la virtud, distinto del que siguen sería el impulso de muchas de nuestras sociedades, muy otro el objetivo de ellas, muy más digna la vida sana, viril, honrada y concienzuda que podrían llevar pueblos tan jóvenes como los de la América latina, que, por jóvenes, pueden reformarse más fácilmente que los viejos...

Y ese cambio de vida es nada menos lo que se pide al procurar en una educación adecuada a su naturaleza el desarrollo moral, intelectual y social de la mujer.

Nada menos que de un cambio de vida y de costumbres se trata. La madre forma al hijo. El hijo, resulta efectivo de la educación materna, forma después la sociedad que corresponde a sus principios y se funda en ellos. En principios salvajes, sociedad salvaje. En principios civilizados, sociedad civilizada.

La madre, la hermana, la amada, la esposa que, ni de la sociedad ni del hogar, no del ejemplo social, no tampoco del doméstico, recibe otras doctrinas que las contrarias a la verdad natural y a la concreta, no puede tener inteligencia enemiga del error. Si de connacionales, conciudadanos y copartícipes de la vida en familia no recibe otras doctrinas

que las contrarias a la moral independiente de todo interés, será quizá una virtud negativa, pero jamás se elevará a aquella moralidad consciente que está menos y brilla menos en las apariencias alevosas que en la realidad sustancial de los deberes de todo momento, de todo lugar y de toda situación. De esa no educación, de esa no dirección de las facultades de la mujer, hasta se puede afirmar que se resienten los afectos dignos. Tengo una gata que lame, limpia, lacta y quiere y defiende a sus gaticos. He visto los transportes de alegría de una leona recién parida. La gallina tachada de cobarde por los valientes implumes de dos pies, es el más valiente de los seres, incluso el hombre, cuando se trata de arrostrar por sus polluelos el peligro. Que una mujer salvaje, semibárbara o civilizada haga lo mismo, no es virtud. Hacer lo que todo otro animal, es estar dentro de la animalidad, y nada más. Malcriar a sus hijos, que es alarde que hacen de afecto esas buenas madres que hijos hayan, es una simple demostración de no educación, y una prueba de debilidad que madres padres, desde la mujer de Temístocles hasta el mejor rey de Francia, Enrique IV, han dado en todos los tiempos y lugares.

“¿Quién – preguntaban al triunfador de Salamina – es el más poderoso de los griegos?” “Mi hijito” – respondió sin vacilar-. “¿Y cómo así?” “Muy sencillo: Atenas domina a Grecia, yo domino a Atenas a mí me domina mi mujer, y mi hijo domina a su madre: él es, pues, el más poderoso de los griegos”.

Debilidad y malacrianza de orden más elevado la del fundador de la tolerancia de cultos en Francia, no dejaba de ser debilidad, cuando imitaba la posición de los caballos para ponerse al alcance de su hijo; y cuando al atónito cortesano que le sorprendía en aquella posición decía con verdad que antes es ser padre que ser rey.

El más alto de los afectos, el de madre, y padre, sobre todo el de madre, no es efectivamente el más alto, si se limita a transportes y debilidades. Algunas veces, por ser tan alto en el plan de la naturaleza, inunda de luz la conciencia de la madre ineducada, y la educa, y la enseña a formar, sostener y dirigir racional y concienzudamente al hijo amado. Pero eso es excepcional. Eso quiere decir que esa madre hubiera podido ser, si la hubiera educado, una mujer verdadera, una mujer extraordinaria. La regla general, la mujer ordinaria, la que produce la mayor parte de los hombres, es esa madre amorosa, extremosa, indiscreta, irreflexiva, inadecuada, que, no teniendo educado el sentimiento, es igualmente capaz de morir, si se muere el predilecto de su alma, o de asesinar moralmente al hijo que se emancipa de su despotismo.

Para que la mujer ordinaria y la extraordinaria cumplan con su deber, llegando a la más alta cima de la racionalidad, de bondad y de sensibilidad a que puede alcanzar, hay que educarla.

Por lo mismo que el tema es inagotable, importa limitarlo a las limitaciones que naturalmente impone el corto espacio de un periódico político.

Así acabemos.

Patentizados los dos motivos capitales que hacen de la educación de la mujer una necesidad, hay que indagar cómo se ha de satisfacer esa necesidad. Se podría lisa y llanamente contestar: “Como se satisface en los países civilizados”. Pero mejor será decir cómo se puede satisfacer y conviene que se satisfaga aquí.

Limitémonos por el momento a la ecuación fundamental de la razón: formemos, ante todo, seres de razón: después vendrá el complemento necesario.

No se trata de crear los llamados Institutos Superiores o de segunda enseñanza, para que en ellos reciban las adolescentes los conocimientos que ningún establecimiento de esa especie pueda aun dar a los varones. Mucho menos se trata de capacitar par estudios universitarios a la mujer. Ni siquiera se intenta someter las educandas al rigor lógico con que en las Escuelas Normales de la República y en las Superiores de Azua, La Vega, Monte Cristo, etc., se ha deducido del procedimiento de la naturaleza intelectual del ser humano, el plan de estudios fundamentales.

Lo único que se desea es educar racionalmente a las niñas que empiecen en lo sucesivo a instruirse, y a las adolescentes y jóvenes que quieran utilizar el beneficio de una instrucción más compatible con seres racionales.

No el mismo rigor lógico, pero sí la misma enseñanza fundamental. Lo que puede estudiar un niño, puede estudiarlo una niña. Lo que un joven, una joven. La diferencia está en el plan. La dificultad está en el modo.

A nuestras mujeres hay que enseñarles teórica y prácticamente a no considerar la religión como fanatismo y diversión; a no considerar la sociedad como una penitenciaría ni como un paraíso de Mahoma; a no considerar al hombre ni como amo ni como esclavo; a no considerar la opinión ni como juez ni como cómplice; a no considerar la amistad como cambio de besos de Judas, que empieza en la hora primera de la murmuración envidiosa y acaba en el calvario de las difamaciones injustas y traidoras; a no considerar el hogar como centro de tiranía impuesta o de tiranía sufrida; a no considerar la maternidad como deber que acaba en la lactancia ni como derecho feroz que sólo acaba en la desgracia irreparable de los hijos. Hay que enseñarles que los intereses sociales no están circunscritos a los intereses que el dinero representa; hay que enseñarles que el dinero no produce más beneficio individual y doméstico que la independencia personal: que, para conseguir esa independencia puramente relativa, el dinero necesario es el que no nos emancipa de la obligación feliz de trabajar; que el deber de los padres no es dejar dinero a sus hijos, sino ejemplo; no capital sino educación; no tesoros, sino iniciativa y costumbre de tomarla para conquistar con méritos propios la superioridad que ningún trance de fortuna o de opinión puede alterar. Hay que enseñar a la mujer, sobre todo a nuestra mujer antillana, que la patria no es cosa diferente; que la libertad no es cosa insignificante; que la civilización no es cosa inaccesible al esfuerzo de todos, individuos, familias, localidades, regiones y nación. Y que, pues ella tiene por derecho de naturaleza, y puede completar por esfuerzo de buena educación, una indudable y constante iniciativa en todos los hechos del orden doméstico y privado que trascienden a la patria, a la libertad y a la civilización, es necesario que aprenda a tomar concienzudamente la iniciativa que la naturaleza le ha concedido.

Se dirá, y en parte es cierto, que esa enseñanza la da el ejemplo; pero ¿y el ejemplo? ¿quién puede darlo? ¿esas pobres mujeres que, si buenas, son absolutamente ignorantes, o que sólo por ignorancia no son buenas?.

¡El ejemplo!...¡Por Dios que es buen ejemplo el de la tiranía en los dogmas trascendentales, el de la desorganización en la sociedad, el de la anarquía en la política, en

del prevaricato y la simonía en las funciones públicas, el de la corrupción en las costumbres, el de la educación universal al oro y es de la inmoral adoración al becerro de oro!

No: el ejemplo no puede ser educar allí donde por fuerza tiene que ser contaminador. El educador de la mujer, como del hombre. Como de la sociedad entera, allí donde todo mal sirve de ejemplo, es la verdad. Y la verdad no se adquiere sino mediante esfuerzo de la razón por adquirirla. Y como la razón no puede esforzarse por adquirir el bien que no conoce, es necesario enseñarla a conocerlo. Una vez conocido, de ese bien derivarán los otros.

Pero y ése ¿cómo se conseguirá? Del modo más obvio: educando fundamentalmente la razón de la mujer. Y para eso, lo más seguro y más pronto, es empezar por la niña.

No se empiece, si no se quiere, por ninguna ciencia; pero empíese de modo que el objetivo de toda iniciación sea la ciencia. Enseñando a coser se puede enseñar a comprender el beneficio de la mecánica aplicada, comparando la costura manual con la mecánica. Enseñando a hacer flores, se puede enseñar a conocer el procedimiento de la naturaleza en la vida vegetal. Enseñando a bordar o a tramar con el crochet, se puede enseñar a ver con atención la obra de los insectos tejedores. Enseñando la cadeneta (¿no se llama así el género de costura en que ligadas en eslabones las puntadas, al fallar de la una fallan todas?), pues enseñando la cadeneta se puede enseñar a formar idea del encadenamiento de fenómenos en el mundo físico; de ideas y afectos, en el moral; de hechos y desastres en el social.

Si se buscara un plan racional de educación para la mujer, debería tener estas dos bases: utilidad práctica, desenvolvimiento teórico. Esta educación comprendería en período que media entre 7 y 15 años. Se debería empezar la enseñanza por la escritura; de ésta se derivaría la lectura. El primer año no debería comprender ninguna otra enseñanza intelectual; pero comprendería toda aquella enseñanza manual que corresponda a instinto mujeril, y comprendería una enseñanza que no se da: se enseñaría a las niñas a pasear, a distraerse en juegos inteligentes, a quererse y respetarse, a ser limpias de cuerpo y de intención.

El estudio continuaría ampliando los anteriores, y utilizando la parte de la enseñanza objetiva que se refiere a la teoría de los colores y a la teoría de las líneas, superficies y cuerpo. Se empezaría a favorecer las aptitudes para el trazado y el dibujo. En el tercer curso se leería razonando y se escribiría para razonar la lectura. El primer evangelio sería el texto. Se empezaría a objetivar la geografía de la isla patria, del Archipiélago y el Continente. La costura y el bordado alternarían con obras de economía doméstica que, despertando el gusto delicado, obligaran a representar en formas y figuras las combinaciones de colores y los cuerpos y superficies que se hubieran aprendido. En este curso, como en el anterior y en los siguientes, se inculcarían con el mandato y el consejo los preceptos de la moral, deduciéndola del evangelio leído, de los actos consumados por los escolares, y nunca de doctrinas repetidas de memoria o por costumbre.

El estudio continuaría con los mismos ejercicios de lectura razonada, hasta haber leído puntualmente y entendido todo el primer evangelio. Dos ejercicios de escritura

empezarían a aplicarse al conocimiento práctico de la prosodia y la ortografía. La geografía política se continuaría hasta completar claramente la idea de unidad que se patentiza de todos modos en el estudio del planeta. Aquí empezaría el conocimiento de la tierra como astro; es decir, empezarían las nociones de cosmografía que en ningún corazón producen movimientos más fecundos y reacciones intelectuales más convenientes que en el corazón de la mujer.

Lo dicho basta para dar una idea del propósito: si se modifica el plan, no es porque el actualmente ensayado para los niños no sea utilizable por las niñas, sino por evitar obstáculos y hostilidades vulgares.

Cuando importe insistir en el tema, insistiremos.

Santo Domingo, 1881.

UNA ESCUELA NORMAL PAR NIÑAS

Parece que es esta ciudad las profesoras merecen generalmente la confianza depositada en ellas por los padres de familia. En ese concepto, y por el momento actual, parece que no hay ninguna necesidad manifiesta de establecer una nueva casa de educación para niñas, y mucho menos un plantel de maestras.

Pero, en primer lugar, lo que se dice de esta ciudad, puede no decirse de las restantes de la República. En segundo lugar, es casi seguro que el número de las educandas de hoy que mañana se encarguen del magisterio, será tanto más insignificante cuanto más visible y más rápido es el desarrollo de la población local y nacional. En tercer lugar, ya es tiempo de que sepamos cómo, con qué doctrinas, con qué aplicaciones del progreso intelectual a la educación de la mujer, vamos a formar las nuevas generaciones femeninas. Y por último también se manifiestan satisfechos los dignos profesores de sus hijos, los padres que confiaban y siguen confiando a los antiguos colegios de varones la dirección intelectual de los niños, y no por eso ha dejado de fundarse, ni de empezar a dar frutos, una Escuela Normal en la Capital y otra en Santiago.

Esto así, ninguna incompatibilidad hay entre la creación de una Normal de niñas y la suficiencia numérica e intelectual de las dignas profesoras actuales.

No habiendo incompatibilidad, no puede haber ningún inconveniente.

Decimos ninguno. Ni inconveniente de inoportunidad, porque, además de ser siempre oportuno el establecimiento de planteles de educación para la mujer – mitad aritmética de la especie humana, y quizá todo lo mecánico de movimiento social - nunca, por tan equitativo, sería tan oportuno el formar profesoras en un establecimiento consagrado a la formación de profesoras, como ahora a los hombres del provenir tienen en las dos Normales de la República los medios de desarrollo que les capacitará para el ejercicio del profesorado, y que posibilitarán el advenimiento de tiempos más viriles.

Ni inconveniente doctrinal, ni tradicional, ni práctico, ni pecuniario. En suma, se repite: no hay ningún inconveniente. No lo hay doctrinal, porque suponiendo que el

plan de ese establecimiento corresponda al propósito de sus iniciadores y el progreso de la edad moderna, cuanto más corresponda a los progresos de la edad y a la elevación del propósito, tanto más de acuerdo estará con las buenas doctrinas. No inconveniente tradicional, porque la única tradición de nuestros pueblos en punto a educación de la mujer, es no educarla: por lo tanto, si algo pudiera reclamar la dirección intelectual de la mujer, sería la ignorancia, y de seguro que ninguna sociedad dará el derecho de petición a esa señora. No inconveniente práctico, porque el sistema de enseñanza que hoy se siga en los establecimientos de instrucción que se consagran a las niñas no puede sufrir ningún perjuicio: las madres piadosas del Asilo seguirán enseñando a rezar en santa paz; y en paz no menos santa seguirán las matronas del magisterio enseñando lo que enseñan. Bien hayan ellas y las tenga en su santa guarda aquel con cuyo juicio cuentan los buenos: *Deh! Ti basti che splen dea agli occhi di ocluí che tutto cede.*

Pero, aun sin ninguno de los inconvenientes que más deben pesar en la razón pública, con el inconveniente que más pesa en el bolsillo bastaría para imposibilitar el honrado designio. Pues ni aun ese inconveniente pecuniario puede obstar, porque de antemano nos parece salvado, si efectivamente hay padres de familia que están dispuestos a capitarse, a contribuir individualmente con la suma que falte para el presupuesto mensual del Instituto, y si es verdad que el Gobierno tiene la honrada intención de contribuir con la mitad de lo necesario para el sostenimiento mensual de ese establecimiento.

Para que nada falte y todo facilite el buen designio, la futura dirección de la Normal de niñas irá, según entendemos (y si entendemos mal deseamos que se entienda como nuestro ese deseo), a quien debe ir.

Ya está dicho: a Salomé Ureña de Henríquez.

A ella, no por ser un entendimiento poético de primer orden, que a veces la torpe realidad malhumora a la ilusa fantasía, y el mal humor es mal compañero en la dirección de un establecimiento de enseñanza, sino porque, además de una poetisa verdadera, ese viril poeta femenino es una razón juiciosa. A ella, no por ser una gloria, que eso es bueno para combatir con el olvido y los gusanos en la tumba, pero es muy malo para combatir con la envidia y la calumnia, sino por ser una maestra de sí misma. A ella, no porque sea capaz de enseñar lo que ella a sí misma se ha enseñado, sino porque ha aprendido a enseñar a formar en sí misma su propio entendimiento. A ella, en fin, no sólo por ser idónea, sino porque el compañero de su hogar y de sus días es su compañero de pensamientos y de estudios, iniciado en los más altos y capaz de coadyuvar con ayuda y consejo al mejor fin.

Se nos está diciendo que el proyecto de una Escuela Normal de niñas va a encontrar la misma formidable oposición callada y rastrera que encontró la Normal de esta ciudad, Primero hemos contestado que entonces será preciso emigrar. Pero después hemos pensado que entonces será preciso reducir a los torpes que se opongan.

Y para empezar la reducción, vamos, en dos o tres número de El Eco, a tratar de la educación de la mujer.

Santo Domingo, 1881.